

¿Crisis económica o política? El Perú posible

ALFREDO BARNECHEA *

A

L pensar tratar del Perú actual, recordé una reunión a la que asistí hace unos meses con un jefe de Estado. A la hora de los brindis, éste comenzó con estas insólitas palabras:

«Ustedes saben —dijo— cuál es la profesión más vieja del mundo».

Luego de las carcajadas, continuó:

«Pues bien, la política es la segunda profesión más vieja del mundo y, además, ¡se parece tanto a la primera!».

Quería agradecerles que hayan invitado a un miembro de ese oficio tan poco recomendable.

Pero estoy seguro que lo han hecho porque creen, como yo, que, bromas aparte, la política es un oficio noble que sirve para sacar a los países del atolladero.

Tenemos que mejorar las relaciones entre empresarios y políticos. No sólo porque tenemos entre manos una empresa en común, el Perú, sino porque algún día tendremos que aprender que tenemos oficios muy parecidos. Ambos estamos dedicados a la función de administrar. Esto es, a la función de fijar objetivos, de priorizar-los, de establecer funciones, de elegir al personal para ella, de controlar la «performance» de ese personal. En suma, de lograr resultados efectivos.

La diferencia es que a los empresarios se les mide por unos números muy concretos, se les mide, trimestral o anualmente, por sus cuentas de resultados, pero las cuentas de los resultados se les pide a los políticos en las elecciones, que son algo más inasible y más abstracto. Pero algún día, si nuestro país va a salir de la crisis en la que se encuentra, tendrá que suceder que los políticos encarnen su oficio, casi diría su arte, como un oficio esencialmente de administración. De allí la imperiosa necesidad que nuestros políticos sean, como los empresarios, administradores.

El tema que voy a tratar es si nuestra crisis es una crisis económica o una crisis política. Hemos llegado donde estamos por una política: la del presidente Alan García. Una política inspirada de alguna manera en el pensamiento de Keynes. Los monetaristas, a partir de las reflexiones de Fisher sobre la depresión del 29, han estado preocupados por la masa monetaria, y han creído que a través de su contracción o expansión se controla la economía de ^{del} los países. A diferencia de los monetaristas, obsesionados por el control de la liquidez, los keynesianos han creído posible hacer inyecciones masivas, aunque esporádicas, de dinero.

Esto funcionó muchas veces, pero siempre durante cortos pía-

* Ex-diputado peruano partido AFRA. Es presidente de *Posible*, publicación de ensayo político y economía.

zos. La experiencia clásica de ese modelo se realizó en los Estados Unidos a partir de 1932, con el New Deal. Hay una sutil discusión sobre si esa experiencia estaba funcionando en 1940 o si fue el esfuerzo extraordinario de la Segunda Guerra Mundial lo que la relanzó.

En todo caso, deberíamos retener la distinción que hice hace un momento: la inyección de dinero tiene que ser esporádica. La política del presidente García tenía que ser forzosamente provisional. La teoría del pleno empleo de Keynes tenía tres elementos: el consumo, la inversión y el gasto fiscal. Podía estimularse el consumo en una primera etapa pero sabiendo que debía reducirse poco a poco y ser sustituido por la inversión privada. Además debía controlarse el gasto público.

Cuando estuvo en Lima le preguntaron a Paul Samuelson, el Premio Nobel, qué cosa era inflación. Agarró un vaso y vertió el líquido de una botella de agua mineral hasta que el vaso se iba rebalsando. Tenía al auditorio suspendido e intrigado. Continuó impertérrito hasta que el vaso se rebalsó. «Esto es inflación», dijo.

Esto es, en el fondo, la política keynesiana, o neokeynesiana para ser más exactos: usar la capacidad instalada ociosa, el vaso más o menos vacío, y presionar el consumo, echar agua al vaso. Pero en algún momento se tiene que parar. O el vaso aumenta de tamaño o hay que dejar de echarle agua. De lo contrario, el agua se rebalsa. Es decir, se produce inflación.

Una política como la de García se había puesto en práctica antes en muchos sitios, muchas veces. Por ejemplo en el Chile de Allende, con la política de Vuskovic. O en la Argentina de Perón entre el 46 y 1955. Allí, y en todas partes, se enfrentó siempre a dos murallas: la inflación y la falta de divisas.

Pero el presidente García se durmió en sus laureles, perpetuó su política.

Esta política era la repetición de una idea equivocada. Una idea muy vieja que ha dominado, por desdicha, el pensamiento económico de los políticos del Tercer Mundo. Una idea atractiva en el corto plazo, pero en el mediano y largo plazo, que son aquellos donde se gana ó se pierde la batalla del desarrollo, perversamente negativa. La idea de que el gasto, y no el ahorro, es el motor del desarrollo. La idea de que el Estado, y no la suma de los agentes productivos, es el agente del progreso. Esta es la idea que ha arruinado a tantos países del Tercer Mundo, en los que se expropió la plusvalía del campo, pero ni siquiera para trasladarla a los pobres de las ciudades, sino para transferirla al Estado macro-cefálico, sin relación real con la riqueza de su sociedad y que produjo sólo pobreza. Pobreza por doquier. En la ciudad y en el campo.

A este carro se ató García. Bastaba que hubiera leído unos cuantos libros, incluso que hubiera leído con atención apenas unos pocos recortes periodísticos, y nos hubiera liberado de la calamidad. Lo más grave es que estuvo advertido, reiteradamente advertido.

**LA
INFLACIÓN
SEGÚN
SAMUELSON**

**UNA IDEA
ATRACTIVA Y
PELIGROSA**

**FLACO
SERVICIO
AL SISTEMA
DEMOCRÁTICO**

Recuerdo que en 1986 vino el presidente Sanguinetti a Lima. Con él, su gran ministro de Relaciones Exteriores, Enrique Iglesias. En una reunión, Iglesias y yo hicimos un aparte con los presidentes Sanguinetti y García. Iglesias le dijo entonces a García: «Cuidado, presidente. Esto ya se ha hecho muchas veces en América Latina y siempre choca con la inflación».

En otra ocasión, después de la juramentación del primer ministro Guillermo Larco Cox, conversé con el presidente y le hice notar la magnitud del déficit fiscal. Él todavía me corrigió: «Son dos puntos más». De modo que García era perfectamente consciente de los peligros. ¿Por qué no enmendó el rumbo? ¿Por qué dio un salto al vacío? Es todavía un misterio.

Y lo es aún más porque Alan García tuvo algo por lo que cualquier político con un mínimo sentido de grandeza, en cualquier parte, en cualquier época, hubiera dado cualquier cosa: tuvo una historia de amor con su país, un romance con su pueblo. El presidente García no sólo dilapidó esta ilusión, ignoro en nombre de qué apetitos, sino que dilapidó en tres años lo que a Haya de la Torre le costó 60 años reunir.

Al hacerle ese flaco servicio a su partido, se lo hizo a su vez a todo el sistema democrático peruano. Porque Haya de la Torre había construido un partido que, pese a todos sus defectos, era un centro en la vida política del país, un elemento de regulación del conflicto social, un dique al desorden y al desánimo. García ha levantado ese dique, tal vez deliberadamente. Este es otro elemento sutil de la crisis actual.

Como efecto de esta inflación tendremos un empobrecimiento general del país. Mercados en retracción. Radicalismo sindical. Tensiones sociales muy fuertes. La democracia peruana caerá bajo un stress social, y no sólo económico. La polarización social y política va a aumentar. Vamos a continuar con una restricción del flujo financiero externo, entre otras razones porque no hay fe en la palabra del jefe del Estado. Crédito viene del latín *credere*, creer. Desconfianza, violencia, más desconfianza.

La situación económica es por tanto muy seria. Pero quizá la política y social sea peor. La democracia va a sufrir.

Porque, ¿qué cosa es la democracia?

Antes que nada es una actitud. Un sistema de selección del personal político que dirige los Estados. Un sistema de formas que permite que una sociedad resuelva sus diferencias sin llegar al conflicto. Por eso hay quienes pensamos que mientras la base económica de la sociedad es conflictual, la superficie política, al menos la política democrática, debe ser consensual. Un sistema de formas que incluye pero no se limita a la renovación periódica del poder, la alternativa en el poder, las libertades de reunión, asociación y de prensa. Un sistema donde lo que importa no es sólo, y a veces no es tanto, el mandato de la mayoría sino el respeto de la minoría.

Pero la democracia también es el sistema por el que se organizan las presiones económicas en una sociedad. Esas presiones se organizan alrededor del Estado. Entonces el Estado gasta. De esta manera apacigua electores. Hay una tendencia al gasto en democracias. Eso es lo que explica que las democracias latinoamericana-

ñas restauradas de los 80, después de una década de dictaduras militares en muchas partes, se comportaron con los patrones populistas de los años 60. Volvieron como los Borbones franceses: sin haber aprendido ni olvidado nada.

Y es que en la esencia misma de la democracia hay una presión al gasto, hacia el reparto. Pero en este momento no es posible repartir ya nada desde el Estado peruano. Está bajo un stress económico, para usar el título de un libro de Kuczinsky.

Es lo que pasa a los llamados países-clase media del mundo, que tienen un divorcio entre sus índices sociales y sus índices económicos. Por ejemplo, nosotros tenemos el doble de postulantes universitarios que Argentina, pero la mitad de su producto.

El no entender esto es una de las grandes equivocaciones de los partidos izquierdistas en Latinoamérica. No entender que en el Perú tenemos dos problemas distintos: que mientras la sociedad tiene un problema de distribución, la economía tiene un problema de crecimiento. Y mientras no resolvamos el crecimiento no tendremos una base duradera y firme para la distribución social. Uno es el debate de las ideologías, que les gusta a los políticos; el otro el debate del desarrollo, que les gusta a los economistas y a los empresarios. Mientras no reconciliemos estos debates, la pobreza nos rondará.

Resumiendo. Por haber hecho esta política que conducía a la hiperinflación y haberse engolosinado con ella; por haber repetido una práctica que causó la ruina de los países del Tercer Mundo, García es responsable de que el Perú sea uno de los países con más alto riesgo político.

Hace pocos meses participé en un seminario sobre el riesgo político, organizado por el semanario *The Economist*. Quisiera leerles a ustedes cuáles eran las conclusiones de este seminario sobre el riesgo político. Y quisiera ver si ustedes creen que el Perú cae o no dentro de esas categorías.

Un país se encuentra en severo riesgo, casi diríamos de desintegración nacional, cuando muestra las siguientes características:

1. Caída drástica del producto nacional.
2. Inflación alta (no decían hiperinflación).
3. Fuga de capitales, producto de la inseguridad jurídica y política. Un amigo mío, Carlos Alberto Montaner, me dijo el otro día: no hay nada más cobarde que un millón de dólares.
4. Elevada deuda externa en proporción al producto bruto.
5. Caída de la producción de alimentos per cápita.
6. Las materias primas ocupan un lugar muy alto en las exportaciones del país.
7. Insurrecciones armadas o tensiones regionales.
8. Procesos drásticos y masivos de urbanización que han des trozado la escala de las ciudades.
9. Corrupción administrativa.

El Perú no escapa a ninguno de estos rasgos. Todo esto es el producto no solamente de la política de García, aunque él haya agravado una situación en la que no reconozco antecedentes en la historia republicana del Perú. Es también el efecto de 20 años de políticas equivocadas en América Latina y en el Perú. En algunos

**EL
RIESGO
POLÍTICO**

**PREDICCIÓN
A CORTO
PLAZO**

casos hubo de parte de algunos jefes de Estado, en esos 20 años, comprensión de los problemas e intentos de corrección. Pero en términos estructurales no se cambiaron los patrones de administración en los últimos 20 años.

Éste es de alguna manera el drama peruano: no poder hacer planificaciones de mediano plazo, y el largo plazo simplemente no existe.

Sin embargo, creo que puede hacerse una predicción sobre el corto plazo. En el corto plazo no van a haber modificaciones importantes ni en economía ni en política, porque la causa de los problemas es el presidente García. Con esto no estoy diciendo que deba salir de la presidencia. No sólo tiene el derecho de acabar su mandato sino que tiene el deber de hacerlo. El pueblo lo ha escogido no para que salga corriendo a la primera crisis, sino para que asuma con responsabilidad el manejo de la crisis. Pero él, que pudo ser en gran parte la solución de este país, ha pasado a ser parte del problema. El principal tapón es esta concentración excesiva de decisiones económicas y políticas. No espero cambios dramáticos hasta 1990. Soy enormemente pesimista sobre el corto plazo. Quizá con el ministro Salinas el gobierno ha entrado en la dirección correcta. Van a hacer tal vez las correcciones. Pero las van a hacer tarde, con incoherencia.

El ajuste *por el desorden*. El ajuste a empujones. Declaraciones en un sentido un día y declaraciones en contra al siguiente. Moviéndolo, tarde y mal pero moviéndolo, la tasa de cambio exportador. Esta tendencia va a costar todavía mucho más.

Eso es lo que yo veo en el corto plazo hasta 1990.

Yo no tengo cómo sacar de la manga lo que no veo en la realidad política del país. Pero sí quisiera, si me lo permiten, pensar si el Perú tiene algún sentido. Si éste es el país donde vamos a seguir viviendo. Si los hijos que tienen ustedes o voy a tener yo, tendrán un lugar bajo el sol en un país ordenado, pacífico, civilizado, donde la convivencia social sea posible.

¿Estamos al borde del apocalipsis? ¿Es ésta una situación irremediable? Quisiera presentarles algunos antecedentes que, creo, nos ilustrarán.

Todo el mundo sabe los problemas de Perú con el Fondo Monetario en 1978. Junto con Perú había otro país que era la *bestia negra* del Fondo Monetario Internacional: Turquía. Recuerdo que venían las misiones del Fondo Monetario y decían: el Perú está tan mal que está como Turquía. En 1981 Turgut Ozal fue designado como primer ministro por los militares y en 1983 fue electo por el pueblo, quizá porque el pueblo se equivoca menos que las élites. Desde entonces, Turquía ha pasado a ser un país pujante en el globo. Ha pasado a ser una nueva Corea del Sur en el continente europeo. No sólo ya la vieja civilización turca, la vieja civilización heredera de los otomanos. No sólo el puente, como cualquiera que haya estado en el Hilton de Estambul puede ver, entre el Asia y Occidente, entre el Este y el Oeste, sino que ha pasado a ser una gran economía con exportaciones por encima de los doce mil millones de dólares. En siete años.

Otro caso, que no pasó hace diez años sino hace tres: Bolivia. Un país con la más activa tradición de violencia política después de México en América Latina, con la más poderosa presencia de sindicatos, con la hiperinflación más desbocada. No en diez años. No en cinco. En el lapso de un año controlaron esa situación. Obviamente a costa de un enorme sacrificio del pueblo, pero hay ocasiones en que los políticos tienen que imponer sacrificios en el presente para que sus pueblos gocen de beneficios en el futuro. La diferencia entre demagogos como García y hombres de Estado como Felipe González o Julio María Sanguinetti o Raúl Alfonsín, es que mientras unos están pensando exclusivamente en la efímera popularidad, otros están pensando en la permanencia de su país, en la continuidad histórica de una nación. En poco tiempo, imponiendo sacrificios al pueblo, Bolivia resolvió parte de sus problemas.

Hay un tercer antecedente, entre muchos otros. La Inglaterra de la señora Thatcher, desde enero de este año la más longeva primer ministro de la historia contemporánea de Inglaterra. Cuando fue elegida en 1979, fue después de lo que se llamó en Inglaterra «el invierno del descontento», donde parecía no solamente que Inglaterra continuaría el declive económico que venía desde el fin de la II Guerra, sino que se precipitaba en el caos social, y que no había manera de salir de la hipoteca de los sindicatos laboristas, que habían terminado por devorar al mismo partido laborista.

Ahí está Inglaterra. Y ahí está el más exitoso y desenfadado experimento del capitalismo reciente. El pueblo se rebeló contra los grupos de presión y contra los sindicatos. Porque entendió, o sintió, que ese sistema del Estado benefactor había sido una respuesta positiva e inteligente para salir de la gran depresión de 1929-1930, pero había llegado a un callejón sin salida. Ya no tenía nada más que repartir. Y el pueblo se dio cuenta que por ese camino no iba a andar el país.

Hay muchos otros casos. Voy a citar uno más. Con él ingreso al tema final de mi exposición, lo que tendríamos que hacer aquí.

Quisiera describirles un país, y que me digan ustedes si ese es un país con futuro, o si ese país no era mucho peor de lo que es hoy el Perú. Un país pequeño, sin recursos naturales. Cuatrocientos habitantes por kilómetro cuadrado. Veinticinco a 30 % de paro. Un crecimiento de la población del 4 %. Una religión y una cultura profundamente conservadoras, con desprecio hacia las actividades del comercio y del progreso económico. Tradición feudal, una agricultura arcaica, sin tecnologías avanzadas, casi sin tradición industrial, 80 % de analfabetos. Colonizados durante años por varias potencias enemigas. Una guerra mundial lo cortó en dos y lo obligó, además, a dedicar enormes recursos de su economía a gastos de defensa. Dos millones de muertos después de una guerra civil. En 1961, en una tabla de 74 países desarrollados aparecía en el número 60.

Este país no es Japón. La experiencia de Japón no puede aplicarse a nosotros. Desde la restauración del imperio Meiji en 1855 Japón reconstruyó su economía. Ya en 1905 exportaba sistemas

**CON VISIÓN
DE ESTADO**

**EL
EJEMPLO
DE COREA
DEL SUR**

**SOCIALISMO
Y RUINA
ECONÓMICA**

telefónicos. No, no es Japón. Habrán adivinado ustedes que el rompecabezas que he descrito es Corea del Sur. En 1961 el Perú exportaba 250 millones de dólares aproximadamente. Corea del Sur apenas 55. Hoy día nosotros exportamos poco más de 3.000 millones. Corea exportó el año pasado 56.000 millones de dólares. Si multiplicamos las dos curvas, veremos que Corea nos ha pasado 84 veces.

Pero la comparación entre Perú y Corea no es la única. Podemos comparar a Taiwán y Argentina. Taiwán multiplicó en 25 años 12 veces su riqueza. Pasó de 200 dólares de ingreso per cápita a 2.000 dólares. Mientras Argentina, que muchos pensaron iba a ser el nuevo Estados Unidos, este inmenso granero del mundo que hasta la Segunda Guerra tenía ingresos semejantes a los de Australia o Canadá, está hoy día en una honda crisis. La pobreza argentina es el gran misterio político de este siglo. Mientras esto le sucedía a Argentina, hubo otros países que siguieron un camino distinto.

Lo que tenemos que ver muy claro es que los países que siguieron el estatismo, que siguieron la intervención abusiva y desmedida del Estado —no la planificación, que es otra cosa muy distinta, porque Corea es una economía severamente planificada—, el socialismo, son hoy día las grandes ruinas de la economía mundial. El informe de 1987 de la FAO decía que tres países requerían una urgente y dramática ayuda alimentaria externa: Etiopía, Mozambique y Angola, las tres experiencias luminosas que los líderes del no alineamiento defienden.

En todos estos casos la crisis fue política. Las equivocaciones fueron políticas. En consecuencia, quisiera examinar algunos hechos que me dan una confianza en las posibilidades del Perú. Claro, se dice, no se puede aplicar al Perú las realidades del Asia. Lo que habría sucedido es que la cultura de Confucio de alguna manera cumplió para el Asia el elemento que la ética protestante, según Max Weber, cumplió para el occidente europeo y los orígenes del capitalismo. ¿Ah, sí? Y entonces, ¿por qué China comunista no tiene los éxitos económicos de Taiwán?

Entonces viene la segunda explicación. No, es que son sociedades muy homogéneas. No son países mestizos. Eso se aplica a Corea del Sur, una sociedad muy cerrada, racialmente muy homogénea. Pero entonces surge la pregunta: ¿por qué Corea del Norte, que tiene la misma raza, la misma cultura, la misma tradición histórica, no tiene el desarrollo económico de Corea del Sur?

Luego viene la tercera «explicación». Tienen poca población. Pero los nuevos países industrializados, como Singapur o Hong Kong, son de los países más densamente poblados del mundo.

No, no es un problema de carácter cultural. No es un problema racial. No es un problema de carácter histórico. Es un problema de carácter político. Lo que ellos hicieron acertadamente y los otros equivocadamente, fue escoger las políticas económicas correctas.

Abundemos en esto, pero con ejemplos latinoamericanos. México. México, dicen, tiene muchos problemas económicos porque está muy cerca del gigante, los Estados Unidos. ¿Canadá está más

**DOS
EJEMPLOS
CLARIFICADORES**

lejos que México de los Estados Unidos? ¿Por qué Canadá es desarrollado y México no? ¿No será porque en México existe el sistema político del PRI, que es un régimen de distribución social y política fundado sobre un inmenso déficit fiscal? Un sistema que ahora está crujiendo porque ya no son posibles, dado que ya no hay financiamiento externo, esos déficit públicos. Pero hay otra historia muy ilustrativa. La historia de Cuba.

Se ha presentado a la Cuba de Castro como un ejemplo. En ella, se nos dice con mucha frecuencia, la gente come mejor y está mejor educada. Pero ya en 1959 Cuba tenía el 75 % de la población alfabetizada. Tenía además la tercera renta per cápita de América Latina. Desde la revolución, según los informes de la FAO, el consumo de calorías per cápita en Cuba ha bajado.

Desde 1959, con una mano adelante y otra atrás, salieron millares de cubanos a los Estados Unidos. ¿Hubo alguna mutación genética en esos cubanos? ¿Alguna transformación racial súbita y misteriosa, que desafía las leyes de la biogenética, y que ha cambiado a esos cubanos que antes bailaban el trópico en Cuba y ahora viven en Estados Unidos? No, son los mismos cubanos, a veces grandes ejecutivos en Miami, que se van a escondidas a comer arroz a la cubana a la calle ocho de Miami. Lo que cambió fue el régimen político. Lo que cambió fue el sistema de incentivos económicos. Eso es lo que explica que aquéllos que vivían en un país que hoy día es uno de los más subdesarrollados de América Latina, se convirtieran en la minoría norteamericana de más altos ingresos per cápita. Más altos incluso que los de los anglosajones blancos. Por arte de magia, según las teorías marxistas. En realidad por efecto del trabajo, de la disciplina, de la persistencia en el esfuerzo, que es la única base de riqueza duradera tanto para las familias como para los países.

Quisiera terminar diciendo que hay algo esencial: es el reconocimiento del hombre como un animal económico. El reconocimiento de que el lucro es un motor de crecimiento. Peter Berger ha escrito que la gran revolución que el mundo ha conocido es la revolución capitalista. Que no hay ningún sistema que haya sustituido en crecimiento económico y aun en distribución social al capitalismo.

Después de todos estos ejemplos, ¿no es claro que los obstáculos al desarrollo son políticos y no económicos? Por tanto, soy absolutamente optimista sobre el mediano y largo plazo del Perú. Voy a decir otra herejía esta tarde. Yo creo sinceramente que en el Perú no tenemos verdaderos problemas económicos. El problema fundamental del Perú es político. Puesto en la línea correcta del desarrollo económico, el Perú haría en mucho menos tiempo lo que Chile ha hecho.

Aquí no hay una crisis del Perú. Lo que hay es una crisis del Estado peruano. Por tanto, la crisis del Perú no es una crisis de desintegración sino, por el contrario, una crisis de crecimiento.

En el Perú, la sociedad y el Estado nunca estuvieron bien integrados. Estuvieron puestos, por así decirlo, uno encima del otro. Esto no se vio hasta 1940 en que comienza, como decía don Jorge

**EL TRABAJO
Y LA
PERSISTENCIA
A EN EL
ESFUERZO**

**LA CRISIS
DE ESTADO**

Basadre, la única gran revolución del Perú que hemos tenido: la revolución migratoria, la lenta metamorfosis de la piel del país, la reconquista biológica del Perú por los habitantes originarios del Perú. La crisis actual es la crisis del Perú criollo, del cual muchos de nosotros venimos. Que es el Perú formal, y por eso tenemos su crisis y la explosión de la informalidad. El Estado criollo que parecía responder al Perú, estaba sólo puesto encima. Cuando la sociedad empezó a crecer, este Estado dejó de ser representativo, dejó de funcionar. El Estado trató de fijar, de inmovilizar con controles esa sociedad que se movía. Tarea de Sísifo.

Pero el Perú no está en crisis. De modo que si en 1990 hacemos los cambios fundamentales, el Perú podrá salir de su crisis fácilmente.

Quiero terminar, señor presidente, con algunas reflexiones. Lo primero que quiero establecer es un matiz que se me había pasado y que veo aquí en mis notas. Yo no soy un liberal a ultranza. Soy un centrista. Alguien dijo que yo era un extremista de centro. Acepto contento la acusación.

No creo en las soluciones abstractas, en las ideologías totales que quieren explicar la realidad. No creo en los programas perfectos sino en la perfectibilidad de los programas. Una de las cosas terribles que Alan García ha hecho es darle aparentemente la razón a los neoliberales, porque, como dice un industrial amigo mío con tanta gracia y precisión, si los comunistas confiscan, los neoliberales hacen quebrar.

En consecuencia hay que tratar de rescatar un punto de equilibrio en el pensamiento político y económico para 1990, en donde obviamente la dirección será reducir el Estado de manera muy sustantiva. Pero no tenemos que renunciar a manejar todo instrumento de subsidio o apoyo a determinados sectores. La mano invisible puede a veces ser algo loca. Lo que no quiere decir que el mercado no deba mandar. El mercado es siempre más inteligente que un grupo de burócratas.

FALSO DILEMA

El Estado es necesario en el Perú. El dilema Estado o empresa privada es un falso dilema. La democracia, eso sí, es un sistema que requiere de la libertad de mercado. Cuando hay una economía planificada, la modificación de un decimal en la tasa oficial de cambio, causa inmediatamente una conmoción en el sistema social y político.

Por eso en la naturaleza del sistema democrático, y en su vigencia, está inscrita la economía social del mercado, como lo manda la Constitución del Perú.

¿Qué hay que hacer? Quisiera decir, en primer lugar, que no hay que esperar todo del Fondo Monetario. El presidente García lo convirtió en Satán. No es Satán. Es sólo un instrumento que aplica políticas y que depende de todos los Estados. Obviamente depende más de los Estados fuertes que de los pequeños, qué novedad. Esa es la naturaleza de las relaciones entre los Estados.

Pero tampoco podemos pasarnos al otro extremo: considerar que basta un diálogo con el Fondo Monetario para que se abran las arcas institucionales. No es así. El dinero internacional no va a fluir a América Latina como antes, haya los gobiernos que haya.

La época de los petrodólares ha terminado. La crisis de la deuda es una crisis estructural del sistema financiero internacional.

Hay que renegociar con el Fondo, pero con independencia. Hay que renegociar y dialogar con el Fondo y con los organismos multilaterales, porque es el peaje al comercio internacional. Los países que prosperaron este último cuarto de siglo son los que se conectaron a los grandes mercados, no los que se aislaron. Pero no esperemos que este mecanismo vaya a abrir la llave milagrosa de la solución de los problemas del Perú.

La solución a los problemas sólo está en nosotros. En primer lugar, tenemos que hacer una reducción sustantiva del Estado. No tanto porque el Estado cause déficit, porque las empresas que causan déficit, Petroperú y Electroperú, quizá no se vendan, sino porque esta reducción del Estado va a crear un dinamismo de la economía peruana.

En segundo lugar, hay que dar titulación definitiva a toda la propiedad privada, en la ciudad y en el campo.

En tercer lugar, hay que privatizar el agro. Hay que declarar que la reforma agraria ha terminado en el Perú y que debemos permitir sociedades anónimas en el campo.

En cuarto lugar, hay que dar un decidido apoyo a la exportación, para lo cual tenemos que mantener un cambio real.

En quinto lugar, dentro de una política de promoción de las exportaciones, tenemos que darle mayor apoyo a las que den más valor agregado a nuestras materias primas, como son la agricultura, la minería y la pesquería. Es decir, apoyar más las que no sean dólar-adictas, que no tengan mucho componente importado.

En sexto lugar —y éste es uno de los temas que más se prestan a la demagogia—, hay que terminar con la estabilidad laboral, concebida ahora casi como inmunidad laboral. Hay que reemplazarla durante un período determinado de estabilidad ocupacional, en donde no haya inmunidad del puesto sino niveles de empleo por ramas, sectores o empresas. Para después, en un período final, ir a una liberalización del mercado del trabajo. La estabilidad laboral defiende a una «oligarquía obrera» para usar una expresión de Lenin. Pero atenta contra la productividad. Por tanto, no permite una economía en expansión. Por tanto, no permite generar los empleos que el Perú necesita. En consecuencia, atenta contra quienes viven de su trabajo.

En séptimo lugar, y esto es algo fundamental, tenemos que tener —esta fue una de las grandes herramientas de Taiwán— tasas positivas de ahorro. Las tasas positivas de ahorro son uno de los instrumentos claves de una economía sana, en donde sea el ahorro y no el gasto lo que se premie. Hoy día en Taiwán se ahorra un tercio de los ingresos de cada habitante.

En octavo lugar, hay que tener un tipo de cambio real.

En noveno lugar, hay que firmar un convenio con OPIC, o crear mecanismos parecidos en el marco de la ALADI o del Pacto Andino, para asegurar las inversiones extranjeras.

Hace pocos meses un distinguido industrial peruano me remitió un artículo para la revista *Posible*. Era un artículo sobre el

**LA SOLUCIÓN
ESTÁ EN
NOSOTROS**

**EL AHORRO,
ELEMENTO
CLAVE**

período económico que va de 1895, cuando comienza el gran gobierno del presidente Piérola, a 1930. Fue el artículo más importante que he leído sobre el Perú en los últimos años.

El autor se había tomado el trabajo de estudiar lo que el Perú había exportado en ese período. Había sumado, año tras año, el superávit comercial de una economía todavía pequeña con relación a la actual. Lo que había exportado el Perú sumaba 167 millones de libras peruanas de entonces. Éstas valían 7,9885 gramos de oro. Por tanto el Perú produjo más de 43 millones de onzas de superávit comercial. A valor de 400 dólares la onza troy, el Perú produjo cerca de 19 mil millones de dólares en esos 35 años. El íntegro de la deuda peruana actual.

Se objetará que a mitad del período, entre 1914 y 1918, había estallado la Primera Guerra y había presionado los precios hacia arriba. Pero la tasa de crecimiento de la economía peruana y la tasa de crecimiento de las exportaciones fueron las mismas antes de la guerra y después de la guerra. De modo que no puede explicarse por un hecho externo, sino por una razón estructural interna, que procedía del gran gobierno reordenador de Piérola.

Un país que hizo todo esto con una economía mucho más pequeña que la actual, sin grandes tecnologías, a lomo de muía y a golpe de pala, cuando los mercados del mundo eran mucho más pequeños, ¿no puede repetir algo parecido, no puede ocupar un hueco en el comercio mundial, tomar una parte del futuro?

Yo estoy seguro que sí, y por eso espero no haber sido excesivamente irracional al plantear estas notas optimistas. Estoy seguro que nunca es más negra la noche que cuando va a amanecer.